

# “EL POBRECITO EMBUSTERO”, FARSA DE VICTOR RUIZ IRIARTE, INTERPRETADA EN EL TEATRO COMICO POR LA COMPAÑIA DE CARMEN CARBONELL Y ANTONIO VICO

“No te metas nunca en un callejón sin salida—dice un mandamiento de la ley de Talía—, y, si lo haces, que sea, como en “Medida por medida”, a fuerza de casuismo, y arrastrado por las dos proposiciones de un dilema insoluble.” Mas quedarse, de buenas a primeras, en cuadro, apenas promediada la comedia... eso es tanto como jugar con fuego. Es juego de niños. Y muy poco serio, si se trata, como en este caso, de un autor dramático tan experimentado ya, y tan agudo, como Victor Ruiz Iriarte. Pasado el primer acto de “El pobrecito embustero”, acto de muy excelente calidad, y humano, y tierno, y alegre, el escritor, no encontrando salida, rellena la acción de lances pueriles. “O sancta simplicitas”, pensábamos. Aquello parecía comedia para colegiales. Figúrense ustedes que, en una ciudad provinciana y linajada, un profesor de Historia del Instituto tiene la ocurrencia de fingirse, no ya enfermo, sino moribundo, y cadáver propinquo y a fecha fija: cosa de un mes, como letra de cambio. La astucia es enternecedora. Aspira a colmar su desamparo forzando, por la conmiseración, el cariño de los suyos y la simpatía de sus convecinos. Pues el profesor es un pobrete de espíritu—tipo de Galdós o de Clarín—, y tan apocado, tan desmedrado de facha que, no sólo su mujer, su cuñada, su familia, su sobrino (que llega expresamente de América para asistir a estos episodios de la vieja Europa), y sus colegas de Instituto, el alcalde, los guardias, etc., sino hasta las chiquillas de las escuelas públicas le toman a risa, como un dominguillo, y le corren por las calles. ¡Oh, la impiedad humana, cebándose en el desvalido! Por gozar unas semanas de halagos y mimos, ¿quién que sea realmente infortunado, vejado y menospreciado por todos, no afrontará gustoso la muerte? Sólo que D. Lorenzo no hace sino fingir el estado preagónico. La cosa tiene su moraleja y está cohonestada por una admirable capa que todo lo tapa: el rótulo de “farsa”. Y, en efecto, D. Lorenzo, cadáver inminente y seguro, conoce en seguida el homenaje de sus compatriotas y el amor de sus deudos. Se tienen incluso ceremonias públicas, con bandas de música y condecoraciones y asistencia del gobernador civil. “O sancta simplicitas!” Pero la gloria pasa —“sic transit...”—, y el cadáver no Rega... Y vuelven las burlas y menosprecios. ¡Miserable condición de los hombres! Y, de manos a boca, el autor se encuentra a contraluz en el callejón sin salida. ¡Dios nos asista a los espectadores que no gastamos sonajero; Dios nos asista en la contemplación hasta el final de los esfuerzos que el comediógrafo hace para desprenderse airoso de su farsa y de sus insustanciales personajes! Y, sobre todo, que Dios nos com-

pense la desilusión que, después de un ingenioso y prometedor arranque de comedia, nos ha ocasionado el comediógrafo. Vivo y jugoso el diálogo, eso sí; pero, cuanto más desligado de la acción, más gracioso era, y en esto nos parecía justo el autor, que enviaba a sus personajes por un sendero extraviado y a su diálogo por el camino real. Gracias a lo cual no había medio de atar cabos con los personajes, ni de sujetarlos y calmarlos para que ellos nos explicaran su verdadera condición. Por ejemplo: salimos del teatro sin saber qué clase de pájara pinta era doña Rosalía, la esposa del malpocado D. Lorenzo. Buscamos información entre otros espectadores más inteligentes, y no pudimos lograrla.

La interpretación, encomiable. Antonio Vico desplegó sus más sutiles recursos mímicos para dar aliento al tipo del profesor de Historia y sugerir matices. Carmen Carbonell, en el primer acto, sobre todo, nos pareció perfecta; perfecta en el ligero acento de caricatura que imprimió a su personaje. Berta Ríaza y Jorge Vico, y, en general, toda la compañía que el Sábado de Gloria se presentó en el teatro Cómico, merecieron los aplausos con que el público acogió los tres actos de “El pobrecito embustero”.—Luis CALVO.